

Coronación de Quintana

POR TOMAS LUCEÑO

A FONDE está ese genio divino, ese sacerdote de la gaya ciencia, ese apóstol de la fe de los pueblos?

¿Dónde? Ahí le tenéis, en el rincón de su hogar doméstico, pobre, modesto, humilde, abandonado; ahí le tenéis, sin fausto, sin tesoros, sin títulos, en medio de su grandeza; ahí le tenéis, encanecido por la nieve de ochenta y dos años, postrado bajo el peso de la edad; pero con la frente altiva, con el corazón brioso, con la conciencia tranquila y serena. Venid y le veréis, ciudadanos, digno en sus maneras, grave en sus palabras, noble y afectuoso en su trato, escuchando a quien le habla, respondiendo a quien le pregunta, enseñando a la juventud que se le acerca el camino de la virtud y de la sabiduría.

¿Y habrá de bajar al sepulcro ese majestuoso anciano sin recibir de la generación que le contempla atónita de admiración y de pasmo el premio debido a sus grandes servicios?"

Estos párrafos corresponden a un artículo de *La Iberia*, firmado por todos sus redactores y publicado en el número del 14 de septiembre de 1854, fecha en la cual se estaba representando, con grandioso éxito, en el teatro de Variedades, de Madrid, la magnífica tragedia de Quintana titulada *Pelayo*.

Al día siguiente, en ocasión en que el inolvidable Calvo Asensio acudía a una reunión de periodistas que se celebraba en la redacción de *Las Novedades* para tratar de la cosa pública, llamó la atención hacia el proyecto de *La Iberia*, y fué acogido unánimemente por todos sus compañeros.

Nombróse una comisión, compuesta de los directores de *La Iberia*, *La Nación*, *El Tribuno*, *El Espraterista*, *El Miliciano*, *La Unión Liberal* y *Las Novedades*; se abrió una suscripción nacional, que fué cubierta espléndidamente, con el fin de allegar recursos para construir una corona de oro que había de ceñir públicamente las sienes del egregio poeta. Don José Ramírez de Arellano, director de la platería de Martínez, tomó

a su cargo la fabricación de aquella alhaja.

Acercóse la comisión al invicto duque de la Victoria para que autorizase tan solemne ceremonia, y contestó:

—Con mi dinero y con mi persona puede contar la comisión para todo aquello que redunde en honra y gloria de nuestro insigne vate.

En provincias fué recibido el pensamiento con verdadero amor y el claustro de profesores de la Universidad de Salamanca envió, en carta muy expresiva, una gruesa suma para que figurase en la suscripción.

El general Espartero concibió la idea de que fuese Quintana coronado por doña Isabel II; Su Majestad respondió en estos términos a la comisión que, presidida por el ilustre Hartzenbusch, fué a exponer sus propósitos:

—Yo amo a Quintana, no sólo como a mi ayo y maestro, sino también como al ingenio más grande de mi reino; estoy, pues, pronta a coronarle.

Además dió orden a su intendente de que entregase a la comisión la cantidad de 6.000 reales y de que pagara la bandeja de plata que había de contener la corona, y cuyo coste ascendió a 1.500 duros.

Graves dificultades se ofrecieron al tratarse de la elección del local para el acto.

Se pensó en el salón de grados de la Universidad, pero era reducido y carecía de tribunas... En el Salón del Prado. Pero ¿cómo leer discursos y declamar a campo abierto? En el teatro de Oriente o en la iglesia de Atocha... Imposible; esto era quitar solemnidad y carácter a tan simpática ceremonia.

Al fin se decidieron a que fuera en el Senado, cuyo edificio cedió gustosamente el caballeroso e ilustre marqués de Viluma, presidente a la sazón de la comisión conservadora.

Se acordó que la coronación se realizase el 19 de marzo, día de San José; pero el fallecimiento en Trieste de don Carlos de Borbón, que hizo vestir luto a nuestros Re-



D. MANUEL JOSE QUINTANA